

Rufino Blanco Fombona, refiriéndose a la segunda de ellas, la retórica política, dirá: «A veces lo perjudican la ampulosidad oratoria, las remembranzas mitológicas y las figuras heladas, a lo siglo XVIII». Pero esto, a la postre, resulta harto circunstancial: el precio de una época. La sola restitución de estos hechos y estas mujeres no sólo trae consigo la faz obliterada de nuestros héroes: los dota de peso. Nos recuerdan cómo no sólo modificaron su época sino la forma como se hallaron enredados en las minucias cotidianas de una existencia concreta, tan concreta como la economía, la política, o la lucha de clases. No tanto esta novela en sí sino la puerta que abre nos obligan a preguntarnos hasta que punto el fastidio de Manuela Sáenz por Santander y Córdoba cambió nuestra historia o, en otros términos, en qué medida el amor modifica a un hombre. Sólo las novelas pueden responder a tal tipo de preguntas.

La de Denzil Romero, sin lograrlo, comienza a revelar el reprimido trasfondo de una historia que nos parecía congelada. Bolívar, hablándole a Manuela, uniéndose a ella, restituye el fuego que la inflamó. La novela ya fue vivida por Bolívar y escrita por él, en sus discursos, proclamas, cartas y billetes amorosos. Él mismo inventó su propia vida y él mismo la redactó. ¿De qué infancia surgía entonces esa lengua que nuncamás se volvió a oír? ¿De dónde esos labios que, según Alberto Lleras, «produjeron las más elocuentes palabras de nuestra historia»?<sup>1</sup>

Antes de averiguarlo, vale la pena cerrar este capítulo acerca de las tres novelas sobre Bolívar —el Bolívar monárquico de Ovalle, el Bolívar viajero hacia la muerte de Cruz Kronfly, y Manuela Sáenz, amante de Bolívar, en la novela de Denzil Romero, novela, por cierto, más centrada en la imaginaria vida erótica de la Sáenz que en su relación con el Libertador trayendo a cuento unas declaraciones de Cruz Kronfly, que revelan la poética de un novelista y de algún modo la voluntad crítica que determinó estos tres textos:

El personaje más importante del proceso fundacional de nuestro país es Bolívar, quizá de todo el continente por su dimensionalidad, y no sólo por sus ilusiones y su proyecto libertario, sino por su derrota; porque lo que es claro es que en estos países nunca se asumió verdaderamente el propósito que él se hizo: las clases dirigentes que lo siguieron o sustituyeron jamás retomaron sus puntos de vista, es decir, éste parecía ser irrealizable, utópico, digamos marginal; en ese sentido era un personaje próximo a nosotros, es el hombre derrotado, y esa es la visión que me interesaba tratar en mi novela, más allá del héroe, el otro lado de Bolívar<sup>2</sup>.

Dejando por ahora la ficción de lado, volvamos aparentemente a la historia.

## Educación y disolución

El segundo libro que Germán Arciniegas (1900) ha dedicado a Bolívar, *De San Jacinto a Santa Marta*, busca rescatar dos momentos esenciales de su vida: juventud y muerte. Educación y disolución. La formación de un rebelde, a través de tres preceptores singulares: Simón Narciso Rodríguez, el russonianos enamorado de la naturaleza e in-

<sup>1</sup> Alberto Lleras: «El congreso de Angostura», Boletín de Historia y Antigüedades, Bogotá, vol. LVI, números 651/653, enero-marzo 1969, pp. 53-57.

<sup>2</sup> Umberto Valverde: «Bolívar en novela», El Tiempo, Bogotá, Lecturas Dominicales, 24-V-1987, p. 11.

fluidido por la Ilustración Francesa. Miguel Sanz, el jurisconsulto que se había nutrido de las fuentes populares españolas, trátese de los Comuneros de Castilla o de los aragoneses que mantenían sus fueros y, finalmente, Andrés Bello, casado dos veces con inglesas, y quien nos daría códigos, gramática y fijaría, en odas neoclásicas, una desparrramada naturaleza tropical<sup>3</sup>.

Tres influjos capitales y una pedagogía sui-generis: cabalgar desnudo o andar a pie, por los Andes, con Voltaire y Goethe como compañeros de ruta. Lo dijo en una ocasión: si no hubiese viajado a Europa, y me hubiese quedado en San Mateo, habría terminado siendo un déspota rural. Sólo que el viaje a Europa lo volvió más americano aún: así lo expresa su carta a Páez, desde Lima, el 6 de marzo de 1826:

Ni Colombia es Francia ni yo Napoleón... Napoleón era grande, y único, y además sumamente ambicioso. Yo no soy Napoleón ni quiero serlo; tampoco quiero imitar a César; aún menos a Iturbide. Tales ejemplos me parecen indignos de mi gloria. El título de Libertador es superior a todos los que ha recibido el orgullo humano. Por tanto es imposible degradarlo. Por otra parte, nuestra población no es de franceses en nada, nada, nada. La república ha levantado el país a la gloria y a la prosperidad, dando leyes y libertad. Los magistrados de Colombia no son ni Robespierre ni Marat.

Admirable distancia aquella que lo separaba de Europa y que precisamente gracias a Europa le permitía medir el desfase entre su ferviente utopía y la onerosa realidad. Sus tres tutores y la atmósfera romántica contribuyeron a conformar su hazaña.

Durante el terremoto de Caracas y ante la prédica eclesiástica en favor de los españoles, trazó, para siempre, el rasgo que la distingue: «Si se opone la naturaleza a nuestros designios, lucharemos contra ella, y la haremos que nos obedezca». Cuántos poetas románticos dijeron lo mismo y ninguno, salvo Bolívar, vieron cómo ella, en su desmesura, se estrellaba contra tan brutal realidad. Pero tan vasto conflicto, y un desengaño tan profundo como el que rezuman sus últimos días, terminaron por otorgarle una experiencia acerca de estos países y su gente que va mucho más allá de la intuición: es un conocimiento a fondo, su educación fue esa praxis vital. En su discurso ante el Congreso de Angostura (15-II-1819) sentó una de las bases de tal análisis:

Tengamos presente que nuestro pueblo no es el europeo, ni el americano del norte; que más bien es un compuesto de África y América que una emanación de la Europa; pues que hasta la España misma, deja de ser europea por su sangre africana, sus instituciones y por su carácter. Es imposible asignar con propiedad a qué familia humana pertenecemos. La mayor parte del indígena se ha aniquilado, el europeo se ha mezclado con el americano y con el africano, y éste se ha mezclado con el indio y con el europeo. Nacidos todos del seno de una misma madre, nuestros padres, diferentes en origen y en sangre son extranjeros, y todos difieren visiblemente en la epidermis: esta semejanza trae un reato de la mayor trascendencia.

Y lo que el decía de los países que había liberado provenía, en alguna forma, de sus propias raíces, formación y convicción. Del arduo aprendizaje con que un hombre rehace, en sí mismo, el mundo que lo vio nacer. Alberto Lleras sintetizó así la educación

<sup>3</sup> Sobre la impresión desfavorable que Bolívar, en su juventud, causó en Andrés Bello ver el curioso estudio de Luis López de Mesa: Bolívar y la cultura iberoamericana (1945), Bogotá, Ediciones Tercer Mundo, 1984, 110 pp., que contiene, sobre todo en su primera parte, interesantes juicios sobre el libertador.

sentimental de este hijo del siglo, estudiaba por Arciniegas a través de sus tres tutores. Dice Lleras:

Cuando Santander asalta el puesto de Paya para iniciar el ascenso (por los Andes) Bolívar habla del paso de las Termópilas. No parece sino que su imaginación tropical y su cultura europea en espléndido mestizaje, le ayudan a disfrazar y olvidar las presentes miserias y padecimientos, y lo conducen a un destino portentoso, un poco obnubilado, pero siempre realista... El discurso inaugural de Angostura, como la constitución boliviana, muestran en el libertador al discípulo de las utopías de don Simón Rodríguez, pero también dejan ver al espíritu prudente y realista que ha padecido, detestado y previsto el desorden americano, la improvisación, la olocracia, la vanidad y el tumulto como las enfermedades profesionales de la vida pública en el novísimo mundo<sup>4</sup>.

Pero es la parte cuarta y final del libro de Arciniegas, titulada: «Vámonos: aquí no nos quieren», la que retoma los días últimos del Libertador y su viaje hacia la muerte, los mismos días que ya vimos tratados en la novela de Cruz Kronfly. Como si en la muerte se esclareciese la vida y la postrer imagen revirtiera sobre las otras, iluminándolas con un fulgor inmodificable. Como si el análisis del adiós fuese más acuciante que el canto de la gloria.

¿Cómo ve entonces Arciniegas este otro lado de Bolívar? ¿Su final? Curiosamente, como un novelista. El presidente de la Academia de Historia apela a sueños y diálogos imaginarios, se apoya en las conocidas frases de Bolívar pero las enmarca en descripciones típicas de su prosa, pone a la muerte a tomar apuntes desde una garita, en las murallas de Cartagena, y salta desde ese presente caluroso que recorre Bolívar en su viaje por el río, hacia sus múltiples pasados. Las 341 páginas de Cruz Kronfly se reducen a 44 en Arciniegas, quien vuelve a recorrer los pasos del Libertador —Mompox, Tenerife, Barranca, Turbaco, Cartagena— intentando efectuar la cuenta y extraer el saldo. Su balance no deja de ser muy americano:

Lo único cierto es la realidad de estos pueblos parados del Caribe, amasados en soledad y calor. Estar aquí sentado en este taburete de cuero, recostado en la pared blanca de cal, recibiendo recados tediosos de Bogotá, groseras cartas de mi propia tierra, hundiéndome en un fondo de chismes y de bochinches. Como si todo viniera a parar en estas miserias (p. 163).

No es el historiador quien habla. Es el propio Bolívar, en el lúcido desvarío de sus postrimerías, revividas por Arciniegas. Sus cartas confirman lo sombrío del diagnóstico: «Esta América es un caos: no se puede hacer lo que se piensa ni pensar lo que se debe... Marchar, en una palabra, a ciegas» (Carta al mariscal Santa Cruz, mayo 1830).

A partir de allí, en el contrapunto febril de una escritura que busca apoderarse de otra, apoyando Arciniegas sus frases en las frases que Bolívar emitió, el proceso avanza en círculos concéntricos de progresiva disolución: la ruina física se refracta en el desastre moral que los circunda. El asesinato de Sucre y el desmembramiento del territorio que soñó unido, liberando el sur para perder el norte. Páez en Venezuela, Obando y López en el Cauca, Santander en Bogotá, Flórez en el Ecuador, Córdoba en Antioquía, La Mar en Perú: el cuerpo de la patria era su propio cuerpo, hecho pedazos. Todo se le escapaba de las manos, en la más amarga de sus quejas: «Últimamente he de-

<sup>4</sup> Alberto Lleras, *ibidem*.